

## VI

### **Corta permanencia en San Francisco. El Océano Pacífico. Un día menos de vida. Llegada al Japon.**



El Sr. Azpíroz, cuya finura, moderación y amabilidad son proverbiales entre las personas que han tenido la ventaja de tratarle, se puso desde luego á mi disposición para suministrarme todos los informes y datos que pudieran serme útiles. Supe por este señor, que aunque la partida del vapor «Vasco de Gama» para el Asia se había anunciado para el 19, no saldría sino dos días después. En consecuencia, si bien algo contrariado por esa demora, me resolví á aprovecharla para informarme acerca de la estación que había elegido una de las comisiones anglo-americanas, salida de San Francisco con dirección al N. del Asia; y también para hacer algunas compras de algunos útiles que nuestra violenta partida de México no permitió hacer en esta ciudad. Nos hallábamos, por otra parte, fatigados por un viaje de 2300 leguas, hecho en veintisiete días; de modo que, sin apetecer una dilación que evidentemente no habríamos provocado, no fué del todo mal recibida ya que teníamos que someternos á ella.

En la ciudad está una de las oficinas de la comision que hace mas de veinte años trabaja en levantar las cartas geográficas de las costas de la Union, y que se llama «Coast Survey.» Como el profesor Davidson, gefe de la seccion que opera en California, era el presidente de la Comision expedicionaria para la observacion del tránsito de Vénus, juzgué que en la oficina podria adquirir los datos que deseaba, y me presenté en ella con ese objeto. Los ingenieros que encontré allí no pudieron, sin embargo, dárme los completos, pues solo supe por ellos que el profesor Davidson debia estar en el Japon; pero que al partir estaba todavía indeciso respecto de la parte de aquel Imperio en que hubiera de establecerse. Que probablemente haria su eleccion entre las dos ciudades de Yokohama y de Nagasaki, atendiendo para ello á las condiciones climatológicas de una y otra durante el invierno.

Desde la fecha de mi partida de México, el Gobierno habia dirigido un telégrama al Sr. Azpíroz encargándole que tomase informes acerca de la eleccion de estaciones que hubiesen hecho definitivamente las Comisiones anglo-americanas; y el Sr. Azpíroz á su vez se habia dirigido con el mismo objeto á los agentes diplomáticos de los Estados Unidos en el Asia. Pero á tan larga distancia era de todo punto imposible que obtuviera respuesta antes de mi partida de San Francisco, y lo único que podia yo esperar era adquirir los datos que acaso se me tuvieran preparados á mi llegada al Asia. Yo los deseaba con impaciencia, especialmente los que fueran referentes á la climatología, que sin duda habrian tenido en cuenta los comisionados anglo-americanos para hacer la eleccion de estaciones.

El cónsul japonés de San Francisco, á quien fuí presentado por el Sr. Azpíroz, me dió noticias muy favorables respecto del clima de Yokohama, y con suma complacencia me proveyó de cartas de recomendacion para esa ciudad. Acepté este servicio con tanto mas agrado,

cuanto que el «Vasco de Gama» debía tocar en esta última ciudad antes de dirigirse para la de Nagasaki y despues para la de Hong-kong en la China. De esta manera al desembarcar en Yokohama podria yo orientarme algo mejor, bien para decidirme á permanecer en ella, ó para trasladarme á alguna de las otras poblaciones.

Las hostilidades estaban á punto de romperse entre la China y el Japon, á consecuencia de los sucesos de la isla de Formosa; y aunque temia muchísimo los efectos de la guerra para el objeto de mi expedicion, creia seguro que en el caso de estallar, estaria yo mejor en el Japon, que como potencia marítima superior á la China, tomaria sin duda la iniciativa, como la tomó en efecto, ocupando militarmente á Formosa. Además de esta consideracion ya por sí sola decisiva, tuve en cuenta todas las relaciones que se me hacian acerca de la franca hospitalidad que el ilustrado gobierno actual del Japon dispensa á los extranjeros; mientras que el de la China, siempre intolerante y aun hostil para todo lo que viene de fuera, podria acaso acogerme con poca voluntad. Una simple dilacion en recibirme oficialmente ó en darme la autorizacion para establecer mi observatorio en sus dominios, podria ser suficiente para hacer abortar todas mis combinaciones, atendido el corto plazo que tendria yo á mi disposicion para terminar la multitud de trabajos preparatorios que me faltaban.

Otra razon no menos atendible en mis circunstancias, consistia en el hecho de que el viaje á la China dura una semana mas que al Japon; y como en el caso de hacer el primero tendria que dirigirme probablemente á Pekin para presentarme al gobierno, y tal vez para observar allí, correria el peligro de encontrarme con el rio ya congelado, lo que habria sido de fatales consecuencias para el trasporte de los aparatos, puesto que el Imperio Celeste no tiene ferrocarriles. Así, pues, habiendo meditado detenidamente sobre todo lo que con brevedad dejo expuesto, quedé casi decidido por

Yokohama, con el propósito de no variar de parecer mas que en el caso de recibir en esta ciudad malos informes respecto de su clima.

Procedí, en consecuencia, á negociar la situacion de fondos en el Japon, lo que solo conseguí con sacrificio de un crecido rédito por el cambio. Mis compañeros tuvieron que resignarse como yo á esta nueva pérdida atendida su imprescindible necesidad, pues por una de aquellas contrariedades que jamás dejan de ocurrir en casos semejantes, no se hallaba inscrita Yokohama ni ninguna otra ciudad japonesa en la carta circular de crédito que me dió el banquero de México en cuya casa situamos nuestro dinero. Es cosa bien singular que habiendo dado una vuelta completa al mundo, en ninguna parte nos ha sido favorable el cambio, y que, por el contrario, todos los comerciantes se han esforzado en demostrarnos que á nosotros nos tocaba pagarlo. Habria sucedido lo mismo, con entera evidencia, si en vez de haber viajado de Oriente á Occidente, lo hubiéramos hecho en sentido inverso. ¿Dónde, pues, tiene lugar una variacion de signo en favor del viajero? No lo sé; pero sí me consta que el comerciante siempre sabe aprovecharse muy bien de la necesidad ó de la urgencia en que se encuentran los viajeros, y que por tanto hemos pagado en cambios mas de un diez por ciento sobre nuestros fondos. Esto no importa: al Asia no nos llevó el aliciente del oro, sino el de la ciencia y el de la gloria nacional.

La ciudad de San Francisco, insignificante hace 30 años, tiene hoy cerca de 180000 habitantes. Su magnífica bahía, su creciente comercio con el Asia, los tesoros que han producido los placeres de oro descubiertos en sus inmediaciones, y la actividad sin igual de la raza anglo-americana, explican perfectamente su rápido incremento. Cuenta en la actualidad muchos y muy suntuosos edificios, entre ellos el palacio municipal, la casa de moneda y varios hoteles de primer órden. Debe, sin

embargo, decirse que su policía deja aun bastante que desear, pues no está ciertamente en armonía con las hermosas construcciones efectuadas ya ó que se están efectuando. Se nota poco aseo en las calles; y además, el humo de la infinidad de chimeneas que se hallan en continuo ejercicio, unido á la niebla que reina en la ciudad con mucha frecuencia, le comunican un aspecto triste y algo parecido al de Londres en el invierno. Como en esta última capital, el humo ó el conjunto de condiciones atmosféricas hacen ennegrecer muy pronto los edificios. Su clima es muy variable, bastante extremoso y molesto á veces á causa de la fuerza y constancia de los vientos.

Por lo demás, se ve en todas partes la prosperidad, hija necesaria de un extenso tráfico. La circulacion de metálico es muy abundante, y por lo mismo muy caros los efectos y la vida en general. En la compra de los pequeños objetos de que tuve que proveerme allí, invertí una suma cuatro ó cinco veces mayor que la que habria invertido en México ó aun en New York.

En la noche del 16 concurrimos, invitados por el Sr. Azpíroz, á un concierto dado á beneficio del Sr. Ferrer, artista mexicano de notable mérito; y con el orgullo que siempre inspira el triunfo de un compatriota, tuvimos el gusto de aplaudirle y de verle aplaudido por una numerosa, selecta é inteligente concurrencia. En la tarde del mismo dia habiamos tambien tenido la satisfaccion de comer en compañía de los Sres. Azpíroz, Andrade, Almada y Gaxiola, personas todas de las mas distinguidas que componen la colonia mexicana de San Francisco, y á quienes debimos ese obsequio de bienvenida á la vez que de despedida. Nada mas grato en tierra extranjera que verse rodeado de compatriotas siquiera por algunas horas. En esas reuniones no se ven mas que hermanos, aun cuando alguna vez, caso en que no estábamos nosotros, se hayan encontrado divididos por rencillas de la maldita política y hasta

por ódios de partido. Allí todo se olvida: el progresista y el conservador brindan en la misma copa por la felicidad de la madre comun; con igual sinceridad desean trasladar á su suelo todo cuanto han visto de bueno ó de útil en los países que han visitado; y ensanchadas sus ideas con la contemplacion de nuevos horizontes, aprenden con la misma buena fé á apreciar las cualidades de sus compatriotas y á condenar sus defectos, mediante una imparcial comparacion con los extranjeros, muchas veces desfavorable á estos últimos.

¡Cuánto se ama, en efecto, á la patria cuando se contempla en conjunto! Lo mismo que se admiran las bellas proporciones de un edificio sin fijarse en las imperceptibles desigualdades de su superficie, ni en las junturas de las piedras que lo constituyen, así se ve desde lejos el lugar de nuestra cuna, y así se cura ese funesto miopismo que solo exagera los detalles, incapaz como es de abarcar la totalidad. De esa manera se aprende á distinguir lo bello de lo defectuoso, lo defectuoso de lo deforme. El vicio de mirar solo en una direccion, de examinar puramente el pormenor, de analizar únicamente el átomo, es imposible que produzca otra cosa mas que ruindad de concepciones, hipótesis ilusorias, teorías absurdas, y en último resultado la plaga de esta turba de políticos teóricos, cáncer de nuestra sociedad, que incapaces de comprender en qué consiste el progreso, llegan de ergotismo en ergotismo á la estúpida y descabellada conclusion de que "es preferible que se hunda la sociedad si es preciso, con tal de que se salven los principios que *deben* regirla."

Vosotros los fabricantes de discursos llenos de halagadoras promesas; los forjadores de planes políticos mas ó menos salvadores; vosotros los que creéis que una nacion profundamente postrada, anémica y convaleciente apenas de una larga enfermedad, tiene por remedio eméticos, sangrias y todo género de debilitantes; vosotros los que no vacilais en conmovérlela de continuo con el

pretexto de hacerla feliz conforme á vuestro sistema hipostenizante, y acaso con el objeto real de buscaros en su misma postracion una fácil escala para asaltar el poder, suspended por un momento vuestras maquinaciones. Alejaos de la patria, y venidla á contemplar desde otro pueblo. Ved sus penosos esfuerzos para dar algunos pasos en el camino del progreso. Mirad cuán interesante es hasta en sus mismos desaciertos, y cuán magnánima hasta la debilidad con sus mas encarnizados enemigos. Os haré la honra de creer que obrais bajo el influjo de convicciones, aunque erróneas, sinceras. Contemplad el espectáculo que ofrece en su lucha contra el pasado, en su lucha por el porvenir, y tropezando á cada paso con un nuevo obstáculo que vencer. Si despues de haber visto todo esto; si lejos ya de la influencia de ese miserable espíritu de partido, de esa pequeñez de rencillas, de ese vicio funesto de la política, que solo pueden desarrollarse en el estrecho horizonte en que antes estabais encerrados; si con un campo mas vasto no se han ensanchado y al mismo tiempo ennoblecido vuestras ideas, entonces persistid en vuestro propósito y en vuestra obra de destruccion. Volved á conspirar sin temor, porque habreis demostrado que vuestro pecho no es accesible ni aun al remordimiento. No necesitais valor, porque no hay peligros que arrostrar. La empresa os brinda con brillantes probabilidades y ninguna os será contraria. Daos, pues, con la patria el placer de los vampiros; id á chupar las últimas gotas de su sangre. Si la fortuna os favorece, hallareis el poder ó la riqueza por recompensa de vuestros afanes; si os es adversa, esperareis tranquilos otro momento mas oportuno para empezar de nuevo. Nada temais: la patria todo lo olvida, pues en su irreflexiva generosa debilidad no castiga con la muerte ni á los revolucionarios de oficio, y perdona hasta los crímenes contra el honor militar, ¡hasta la desercion ante el enemigo, hasta la traicion á sus banderas!

Llegó al fin el 19 de Octubre, día señalado para nuestra partida del continente americano. Desde la víspera se habian comenzado á embarcar nuestras cargas, de suerte que en la mañana de ese día quedó todo á bordo. Y por cierto que ya deseaba yo que así fuese, porque me hallaba verdaderamente alarmado por la seguridad de los instrumentos, á causa del mal trato que en general se da en los Estados Unidos á toda clase de fardos que contienen efectos. Por cargar y descargar con la rapidez característica de los que tienen por máxima «time is money,» hacen á veces pedazos las cajas mas resistentes. En medio del barullo, casi diré del tumulto que se forma en las estaciones ó en los lugares en que se depositan los bagajes para ser trasladados, ya sea á bordo, ya sea á los ferrocarriles, es imposible hacerse oír; nadie atiende las recomendaciones, y el que se acerca demasiado tratando de defender los objetos que le interesan, corre el peligro de ser aplastado por alguno de aquellos enormes bultos de mercancías que, colocados por los cargadores en la parte superior de un plano inclinado, se abandonan en seguida á la accion de su propio peso hasta ir á encontrar la situacion que el acaso les depara, en el vehículo destinado á su transporte.

Nuestras maletas de equipaje sufrieron terriblemente. Yo habia llevado desde México una muy fuerte, y ya en San Francisco fué necesario reemplazarla con otra mas fuerte todavía, porque llegó hecha trizas. Al ver la indiferencia de aquellas gentes ante los estragos que hacen; al oír por toda respuesta á las mas vehementes recomendaciones, un «¡oh! yes» ó un «do not care,» he llegado á figurarme que en aquel país de la especulacion y de las compañías, los fabricantes de maletas, baúles, cajones, etc., tienen formada alguna asociacion con los cargadores, ó que al menos los subvencionan con una parte de las utilidades que estos últimos les procuran, y las cuales deben ser abundantes.



Por fortuna las grandes cajas de los aparatos astronómicos, que habian sido depositadas en la aduana, fueron mucho mejor tratadas á consecuencia de recomendaciones especiales, hechas de antemano por el Sr. Azpíroz, y en el acto del embarque por el Sr. Pritchard. Ninguna se hizo abrir, y solo se exigió al Sr. Fernandez, á quien encargué que vigilase su traslacion á bordo, un juramento en forma de que aquellos fardos no contenian objeto alguno sujeto al pago de derechos de exportacion.

Poco antes de medio dia nos embarcamos en el «Vasco de Gama,» acompañados por todos nuestros amigos. Un gentío inmenso cubria los muelles, junto á los cuales estaba atracado el vapor, anunciando con el humo de su chimenea que se acercaba el instante de su partida. Algunos momentos despues la campana del buque avisaba que era ya tiempo de que se volviesen á tierra todas las personas que daban á bordo los últimos adioses á sus deudos ó á sus amigos. Pronto no quedamos dentro del «Vasco» mas que los pasajeros; pero aun quitado el puente levadizo que lo unia al muelle, todos permanecimos en las barandillas de la obra muerta, formando una larga fila en frente de la que se extendia en toda la longitud del muelle. No se oia entre ambas filas mas que el cambio de palabras de despedida.

La hélice comenzó á girar, haciendo estremecer al barco desde la quilla hasta los mástiles; abundantes copos de espuma brotaron debajo de la popa, marcando el principio de una estela que iba á tener mas de dos mil leguas de largo; el buque se desprendió lentamente del muelle; y las voces de «¡Pleasant voyage! ¡Good fortune! ¡Remember me! ¡Farewell!» salian de todos los labios en medio de la emocion. En seguida dejaron de oirse las palabras, pero se veian sobre la multitud mil sombreros y mil pañuelos que se agitaban en señal de adios.

La bahía de San Francisco es una de las mejores del mundo, y el arte le ha perfeccionado todavía mas, haciendo avanzar á la ciudad sobre el mar, de suerte que hoy

existen calles, plazas y grandes edificios en los lugares en que hace 20 años anclaban los buques. La notable elevacion de las colinas y de las rocas que la ciñen, dando al terreno de sus playas un fuerte declive, proporcionan al mar la profundidad suficiente, á cortísima distancia de la orilla, para que las mayores embarcaciones puedan atracar junto á los muelles. Algunos islotes elevan sobre las aguas sus crestas formadas de enormes rocas, que presentan las figuras mas caprichosas, labradas por la accion incesante de las olas.

Cerca de una hora empleamos en atravesar la bahía desde la ciudad hasta la famosa «Puerta de Oro» (Golden Gate,) como se llama su estrecha bocana, y entramos despues en el Grande Oceano. Aun cuando hubiéramos partido de noche, habriamos notado inmediatamente la salida de la bahía á la mar, por el cambio de movimiento del vapor al pasar de las tranquilas aguas de aquella á las agitadas olas de esta. En la tarde comenzó á anunciarse el viento fuertísimo que casi sin interrupcion nos debia acompañar hasta el Asia, y que hizo tan penosa esta larga travesía, no solo para las personas que se mareaban, caso en que se hallaban casi todos los pasajeros, con excepcion del Sr. Jimenez y yo, sino tambien para nosotros mismos; porque el balanceo del barco fué tal que, salvo en algunas horas de relativa calma, no nos permitió ni andar ni ocuparnos en algo útil, único modo de hacer menos tediosa una dilatada nevegacion.

Cosa de cincuenta pasajeros, en su mayor parte americanos, ocupábamos las cámaras de popa ó de primera clase. Solo cuatro ó cinco eran europeos, negociantes unos y ya establecidos en el Japon, y aspirantes otros á colocarse en el servicio del gobierno de aquel Imperio. Entre los primeros iba un jóven alemán fabricante de sombreros, que habia puesto su taller en la capital Tokio (antes Yedo), y habia ganado alguna cantidad con su industria. Animado por este primer

ensayo, volvió á los Estados Unidos en busca de los materiales y demas útiles relativos á su arte, y regresaba al Japon lleno de dulces esperanzas que por desgracia suya no llegaron á realizarse. Algunos meses despues lo encontré en Yokohama disponiéndose á embarcarse de nuevo para América, y me dijo que habia perdido su tiempo y su dinero, lo cual comprendí entonces perfectamente bien, porque ya habia visto por mis propios ojos que el pueblo japonés, en su inmensa mayoría, no usa sombrero. Sin duda en su primera expedicion proveyó de este artículo al corto número de japoneses que han adoptado el traje europeo, y por consiguiente no halló ya compradores en su segundo viaje.

Otro pasajero europeo era un belga, bastante versado al parecer en algunos ramos de la ciencia práctica. Iba al Japon con el fin de solicitar del gobierno una colocacion en el departamento de la guerra, con la esperanza de que esta estallaria entre aquel Imperio y la China, en cuyo caso deseaba ser ocupado en la fabricacion de pólvora. Afortunadamente para la humanidad, y desgraciadamente para el ingeniero belga, las dificultades pendientes entre ambos países se arreglaron por la vía pacífica. Cuando mas tarde me visitó en el Japon, estaba lleno de desconsuelo por haberse celebrado la paz; y poco despues partió para las Filipinas, alentado por la esperanza de una insurreccion que, segun se decia, debia estallar allí contra el gobierno español. Este pobre jóven parecia resuelto á buscar en la guerra el alimento de su actividad, así como el modo de hacer fortuna; y por cierto que quizá no le ha de haber sido difícil hallar una y otra cosa, porque al recorrer el mundo ve uno la terrible verdad que formuló Zorrilla, cuando dijo:

Donde quiera encontré la raza humana  
En torva hostilidad ó abierta guerra,  
Libre, rica y feliz por ser mañana.

Pero si me causaba tristeza esta consideracion, y el ver que hasta la ciencia misma anda á veces en pos de la guerra, para contribuir al exterminio de los séres humanos, me era al mismo tiempo muy grata la idea de que la mayor parte de los demas pasajeros del «Vasco» llevábamos tambien la ciencia, pero para aplicarla á fines mucho mas nobles y mas útiles para la humanidad. Casi todos los anglo-americanos nuestros compañeros de viaje eran médicos que iban á establecerse en la China ó en el Japon, y por lo mismo á derramar entre estos pueblos los beneficios del progreso científico del Occidente, casi desconocido en ellos.

Desde la noche misma del 19 de Octubre estalló el temporal, que duró tres dias con toda su furia, y que calmando un poco en ligeros intervalos, continuó casi con la misma fuerza durante los 20 dias que empleamos en atravesar el Oceano. Jamas habia yo visto el mar tan embravecido, ni tenia idea de la magnitud real de las olas del Pacífico, si bien sabia que los navegantes las consideran como las mayores de todos los mares. El «Vasco de Gama» á pesar de sus 113 metros de eslora y de calar 22 pies, cargado como iba, saltaba como una cáscara de nuez al choque de las montañas de agua que le arrojaba el viento Norte por estribor, pues navegábamos con rumbo casi Oeste exacto. Cada golpe de las olas sobre sus flancos de hierro producía el estruendo de un cañonazo, y lo lanzaba sobre el costado opuesto dándole una inclinacion casi de 45°. Al recobrar su posicion de equilibrio, volvía el barco á recostarse sobre el otro lado, oscilando de esa manera en un ángulo próximo á 90°. Con frecuencia antes de levantarse lo alcanzaba otra ola pasando como un alud sobre la cubierta y arrojando torrentes de agua hasta en el interior de los salones situados debajo del puente.

Se concibe fácilmente que esta oscilacion lateral, combinada con la de proa á popa, daba por resultante

un movimiento tan complejo que era de todo punto imposible, ya no diré andar, pero á veces ni aun permanecer en pié si no era asido fuertemente á algun objeto fijo y de suficiente resistencia. En los dias de mas recio temporal el vapor parecia desierto: los mareados permanecian en sus camarotes sufriendo cruelmente y sin poderse mover; los mas fuertes de cabeza en el salon de cubierta acostados en los sofás ó sentados y poniendo en accion todos los músculos de las piernas y de los brazos para conservar el equilibrio. Muchas veces, á pesar de todos sus esfuerzos, la oscilacion del barco los lanzaba como un proyectil hasta el otro lado del salon ó sobre otros pasajeros que en él se hallaban, y en tales casos se consideraban felices si no recibian un fuerte golpe contra las paredes ó contra los muebles. Algunos de ellos se hicieron así verdaderas heridas, entre otros el médico del buque, quien al querer andar sobre cubierta, fiado sin duda en su práctica de marino, fué arrojado sobre la obra muerta por un golpe de mar y recibió una ancha herida en la cara.

Pasada la mayor fuerza de este primer temporal, quiere decir, á los tres ó cuatro dias de navegacion, comenzó el mar á estar menos irritado: si bien como dije al principio, nunca llegamos á verlo en calma segun parecia prometérnoslo su nombre de *Pacífico*, pues los efectos del equinoccio se hicieron sentir en toda la travesía. Sin embargo, sea porque el viento cambiando un poco hácia el Este nos impelia por la popa y esto hiciese disminuir el movimiento lateral de la embarcacion, sea porque habituados ya á las fuertes oscilaciones se hubieran hecho los pasajeros menos sensibles al mareo, el resultado fué que comenzaron en general á disminuir sus padecimientos; y aunque pálidos y extenuados por una enfermedad cuyo primer efecto es el de quitar completamente el apetito, empezaron á aparecer sucesivamente en los salones, no solo los hombres, sino tambien las señoras.

Poco á poco fueron organizándose las reuniones. En los dias mejores habia sus paseos sobre cubierta en los que procurábamos hacer el menor número posible de *zig-zags* conduciendo del brazo á las damas; y por las noches teniamos conciertos en el salon de las señoras. Es verdad que muchas veces una ola traidora venia á interrumpir la mas agradable conversacion, arrojando sobre los interlocutores un diluvio que los bañaba de piés á cabeza, obligándoles á correr á sus camarotes para mudarse la ropa. Es cierto que muy á menudo y en lo mas interesante de una partida de ajedrez, eran lanzados los jugadores de sus sillas por una violenta oscilacion, y volaba tambien el tablero con todo y sus piezas ator-nilladas. Tambien es verdad que el ejecutante en el piano caia á veces con todo y asiento; y que los cantantes, de pié, con las piernas separadas para procurarse mas ancha base de sustentacion, inclinándose ya hácia un lado, ya hácia el otro, mas bien que filarmónicos parecian esgrimidores que jugaban en asalto en alguna sala de armas. Pero de todas maneras las ventajas de la sociedad proporcionaban á todo el mundo agradables distracciones.

Otras veces íbamos á los departamentos de proa para ver á la infinidad de chinos que los ocupaban. Literalmente amontonados en aquellos camarotes, comunes á varios de ellos, debian estar sumamente incómodos durante el temporal; pero en sus interregnos no cesaban un instante de consagrarse al juego. Sentados por grupos de cuatro ó cinco individuos cada uno, alrededor de un tapete tendido sobre las tablas del piso, se entregaban á su pasion favorita, empleando dados y una especie de dominó parecido al que usan los europeos. Muchos de ellos regresaban ricos á su país para disfrutar lo que habian ganado trabajando en América; pero su exterior era casi el mismo que el de los mas pobres. Idéntica en todos la estrecha montera de donde salia la larga trenza bajando hasta la parte inferior de

su traje talar; enteramente iguales las babuchas con su gruesa suela blanca; y uniforme por último el color, algunas veces pardo, aunque generalmente azul, de sus túnicas, como corresponde al pueblo mas rutinero de la tierra.

El Sr. Fernandez con su inseparable barómetro, era quien primero recibia todos los dias los saludos de los pasajeros, y sus consultas sobre el estado probable del tiempo conforme á las indicaciones de aquel instrumento. "Good morning, sir, how is the barometer?" era la pregunta obligada que diariamente le dirigian caballeros y señoras. ¿Bajaba el barómetro siquiera medio milímetro? Inmediatamente creian comenzar á sentir el mareo. ¿Ascendia, por el contrario, una cortísima fraccion? Entonces todos se sentian bien, y empezaban á leer sus libros favoritos ó á ajustar sus partidas de ajedrez. Mucho habia en todo esto de pura imaginacion, pues no siempre el ascenso ó el descenso de la columna barométrica estaban en armonía con la correspondiente variacion del tiempo. Nos hallábamos, en efecto, en la zona (hácia los 35° de latitud) en que la presion atmosférica es máxima; y por otra parte, el capitan del «Vasco» se desviaba á menudo de la ruta directa, buscando la zona de calma (calm belt), que existe habitualmente entre los paralelos de 330 á 37°. Y que jamás pudimos hallar gracias al equinocio. En concecuencia, circunstancias reunidas producian á veces indicaciones barométricas engañosas en la apariencia como vaticinios del estado del tiempo, pues no debian ser comparables ni con las normales al nivel del mar, ni con las de algunas horas antes obtenidas en diversas circunstancias. Pero como todo esto no podia explicarse á la generalidad de los pasajeros, los dejábamos que se conformasen con sentirse bien ó mal, segun parecia prescribírselos el barómetro.

Por lo que toca á nosotros, trabajábamos en las horas en que el movimiento era menos fuerte. Previendo que segun toda probabilidad estableceria yo los ob-

servatorios en las inmediaciones de Yokohama, quise que se calculasen algunas ocultaciones de estrellas que habia yo apuntado como visibles en esa ciudad, y de cuya observacion deseaba servirme, entre otros medios, para medir su longitud geográfica. El Sr. Jimenez con los Sres. Fernandez y Barroso, se encargó de esta operacion, en la cual tomó tambien parte el Sr. Bulnes por vía de ejercicio, para ir adquiriendo práctica en estos cálculos bastante complicados, que no habia tenido ocasion de hacer hasta entonces. Yo me ocupé en formar el proyecto y los diseños de los observatorios, con el fin de que tan pronto como erigiese los lugares á propósito para establecerlos, se pudiese proceder á su construccion sin pérdida de tiempo. Tambien redacté á bordo un nuevo procedimiento para medir la latitud geográfica, que habia yo hallado y puesto en práctica con muy buen éxito en la ciudad de México un poco antes de mi partida. Lo escribí en frances, juzgando, como sucedió realmente, que no seria fácil imprimirlo en español en Yokohama, ó al menos que nadie lo podria leer escrito en este idioma. El apéndice V contiene el procedimiento á que me refiero; y tanto este como los demas documentos consignados en los apéndices siguientes, los he dejado en el idioma en que los escribí ó en que me fueron dirigidos por otras personas, á pesar de los defectos de estilo que deben tener los redactados por mí. Estos me serán perdonados en mi calidad de extranjero respecto de los países en que se hablan esos idiomas, mientras que la traduccion de aquellos documentos podria tal vez exponerme á alterar su contenido.

Entre nuestros compañeros de viaje habia algunos que ya conocian el Japon, y que por tanto estaban en aptitud de darme informes acerca de sus condiciones climatológicas. Estos fueron en lo general muy favorables, especialmente los referentes á la pureza del cielo en el invierno, y que en verdad eran los mas interesantes



para mí; de suerte que de día en día iba robusteciéndose en mi ánimo la decision de practicar mis observaciones en aquel país. Además de esto, los elogios unánimes que oía respecto de la buena acogida que en él encuentran los extranjeros; del espíritu eminentemente progresista de la política que desarrolla su actual ilustrado Emperador; y teniendo en cuenta la circunstancia muy importante de que iba á desembarcar en un puerto muy próximo á la capital, y que por tanto me prometia la facilidad de ponerme pronto en relacion con el gobierno, todo esto, en fin, se me presentaba favorable, alejando de mí la idea de continuar el viaje hasta la China.

Fuerte ya en la conciencia de haber procedido con cuanta actividad y cuanto tacto eran compatibles con mi situacion, comencé á estar mas tranquilo. Si quedaba algo oscuro en el porvenir, seria ciertamente aquello que no es dado á la prevision humana el dirigir conforme á sus deseos; y por mas que me asustase, por serme desconocida, alguna nueva dificultad posible, tenia el propósito inquebrantable de luchar con ella hasta sucumbir, si era preciso.

El mismo Oceano, no obstante el malestar que nos producian sus tormentas, me era en último resultado favorable. El viento del Norte, variando á veces al Noreste, nos impelia hácia el Asia, y las velas prestaban eficaz ayuda á la potencia del vapor. En el trinquete y en el palo mayor muy á menudo veiamos infladas las velas de los masteleros de gavia, y con frecuencia tambien la de mesana, asegurada á su móvil cangrejo, contribuia con su extensa y cóncava superficie á hacer volar al «Vasco de Gama» sobre las crestas de las olas furiosas. Este barco parecia una anguila por su forma, pues la manga ó máxima anchura del casco no llegaba á la décima parte de la eslora ó longitud; pero por eso mismo á pesar del temporal, ó por mejor decir, á causa del temporal, vogaba con extraordinaria rapidez. Ya con la proa levantada

como si se preparase á dar un enorme salto, ya por el contrario bañando su roda en la espuma del mar, fuera del agua toda la popa y la mitad de la quilla como si fuese á sumergirse, escalaba la líquida pendiente de las olas y se precipitaba en seguida por el descenso opuesto, como baja un alud por los flancos de una montaña. La hélice levantaba torrentes de espuma, que volvian á caer con horrible estrépito, dejando una ancha y ondulada estela de un verde blanquecino; y girando á veces sus aspas fuera de las olas, hacian vibrar toda la embarcacion, que parecia irse á convertir en astillas.

En los últimos dias de Octubre y en los primeros de Noviembre, el temporal recobró toda su furia. Horrible era el movimiento del barco, aumentado todavía por el empuje del viento sobre el velámen; pero avanzábamos á veces hasta mas de 280 millas por dia. El estruendo del mar, el terrible aspecto de sus enormes olas, el silbido del viento entre los mástiles y los cables, la fuerza de la lluvia cuyas voluminosas gotas, impelidas casi horizontalmente, llegaban á estrellarse contra la cubierta, las espesas nubes que rodaban á poca altura sobre nuestras cabezas, el monótono y melancólico canto de «*alaróo*» con que la tripulacion china del barco marcaba el compás de sus maniobras, todo esto formaba un conjunto imponente que no puede describirse, incomprensible cuando nunca se ha presenciado, eterno en la memoria cuando alguna vez se ha visto.

No contribuian poco á acentuar mas los tonos característicos de aquel uadro, las parvadas de gaviotas (sea gulls), que constantemente acompañaron al «*Vasco*» desde las costas de América hasta las de Asia, esto es, en un viaje de 2000 leguas. Unas veinte ó treinta de esas aves se mantuvieron de continuo á un centenar de metros atras del barco, volando casi sin cesar, atraidas por el cebo de los desperdicios de la cocina que, arrojados al mar, les servian de alimento. Ni el huracan ni la lluvia tenian poder

bastante para impedir su esforzado vuelo, arreglado á la velocidad de nuestro vapor. Quizá fatigadas algunas veces ó deteniéndose solo el tiempo necesario para devorar su presa, se posaban sobre las olas, y las veíamos entonces á lo lejos subir hasta la cima de estas ó bajar hasta las hondas cavidades que dejan entre sí, meciéndose siempre con envidiable calma; pero pocos momentos despues volvian á alcanzarnos con un ligero esfuerzo de sus alas poderosas.

Aunque el viento del Este ó del Noreste contribuia con eficacia á acelerar nuestro viaje, tambien solia entorpecerlo cambiando repentinamente y con la mayor furia al Norte ó al Noroeste. Con todo, como no era muy frecuente el cambio del viento hácia este último rumbo, la marcha del «Vasco» en el conjunto de la travesía fué, en término medio, de 256 millas diarias, ó cerca de 11 por hora.

Nuestro rumbo era casi exactamente hácia el Oeste, de suerte que avanzábamos en longitud geográfica unos 5 grados por día, ó sea cosa de 20 minutos de tiempo. Nuestros dias eran, pues, 20 minutos mas largos de lo que habrian sido si hubiésemos permanecido estacionarios; y así es que en virtud de la continúa acumulacion de estos aumentos, nuestras horas diferian mas y mas de las que, en los mismos instantes físicos se contaban en nuestro punto de partida, y por idéntica razon en el Observatorio de Greenwich, que como es sabido es el que toman los marinos ingleses y anglo-americanos por origen de las longitudes geográficas. El 30 de Octubre por la noche esta diferencia de tiempo llegó á doce horas respecto de Greenwich, hallándonos por tanto en el meridiano inferior ó antípoda de aquel Observatorio, y contábamos media noche á bordo cuando en Inglaterra contaban ya las doce del día siguiente. Al pasar, pues, en esa noche del hemisferio occidental al oriental, determinados por el meridiano de Greenwich, no teníamos realmente mas que un atraso de medio día respecto de este Observatorio; pe-

ro como para los usos civiles se cuentan las fechas desde la media noche, nuestro atraso en la fecha era ya de un día entero. Si pues hubiéramos continuado enumerando nuestras fechas tales como las llevábamos, habríamos llegado al Asia con el atraso de un día respecto de la fecha que allí se contase. Para evitar este inconveniente, el capitán del «Vasco,» como lo hacen siempre todos los marinos en igual caso, suprimió un día, que fué el 31 de Octubre, de modo que despues del 30 contó 1º de Noviembre. Esta fué, en efecto, la fecha que apareció fijada el día siguiente en el salón donde por lo general se daba á conocer diariamente á los pasajeros la posición del barco. No hubo, en consecuencia, para nosotros 31 de Octubre, y este mes se nos redujo á solo 30 días, lo cual hacía decir á nuestros compañeros de viaje que habíamos perdido un día de vida al atravesar el Pacífico.

El efecto de las variaciones de longitud en la estimación del tiempo, tan fácilmente comprensible para las personas familiarizadas con la geografía ó con la náutica, lo es acaso menos para las que no están versadas en esa clase de estudios. Perdónenme, pues, las primeras por haberme detenido en las precedentes explicaciones; pero las he hecho en obsequio de las que hallándose en el segundo caso me concedan tal vez el honor de leer estas líneas.

No ciertamente por el puro efecto de las recomendaciones de que era yo portador para Mr. Rice, capitán del «Vasco de Gama,» sino por su excelente natural, por su afabilidad y bellissimo carácter encontré en él un verdadero amigo. Es á la verdad notable la fortuna que me acompañó en todo este viaje para hallar siempre la mas cordial y sincera acogida por parte de los comandantes de los diversos vapores en que he navegado. Bien es que respecto del capitán Rice no hubo un solo pasajero que tuviera derecho para hacer otra cosa mas que elogios. Activo, vigilante en extremo por

la seguridad del barco, afectuoso con todo el mundo, siempre se procuraba un momento en medio de sus ocupaciones, aun durante la mayor fuerza del temporal, para informarse de si los pasajeros mareados estaban atendidos con esmero, ó para alentar á los temerosos con alguna chanza de buen gusto. Cuando disminuía la furia del mar solia jugar con nosotros alguna partida de ajedrez, ó bien nos invitaba á hacer con él algunos rápidos paseos sobre cubierta, suministrándonos el apoyo de su brazo, fiado en la admirable destreza con que sabia conservar la verticalidad de su cuerpo sobre un piso continuamente móvil y cuyas oscilaciones le daban una inclinacion de 40° respecto del horizonte. Aun á las señoras las obligaba cortesmente á andar así para que hicieran un poco de ejercicio, con especialidad despues de las comidas y cuando la mar permitia tales paseos.

Este bravo y entendido marino habia pasado dos meses antes, en los mares de la China, el memorable *tai-fun* que, segun se recordará, hizo tantas víctimas y causó la destruccion de tantas embarcaciones.\* Pero su pericia, su intrepidez y la buena construccion del «Vasco» le ayudaron á escapar del formidable huracan, si bien con algunas averías. Como este suceso estaba tan reciente, el vapor conservaba aun las señales de los destrozos producidos por aquella tormenta, algunos de los cuales me mostró el capitán en su misma cámara al referirme el peligro en que le puso el último *tai-fun*.

---

\* *Tai-fun* es la palabra china con que se designan los terribles huracanes tan frecuentes en los mares de Asia. Significa literalmente *viento caliente*, segun unos, y *gran viento*, segun otros. En esta, como en todas las demas voces asiáticas: de que tenga que servirme, he procurado imitar con nuestras letras la pronunciacion mas bien que la ortografia, siguiendo en esto el ejemplo de los ingleses, quienes escriben *typhoon* para dar á esta voz, en la lengua inglesa, la pronunciacion que le dan los chinos. Para los sonidos que no tenemos en castellano, como el de la *ch* tal como se pronuncia en frances antepuesta á una vocal, y que corresponde al de la *sh* en inglés, adoptaré la escritura de este último idioma.

El capitán Rice me pareció muy versado en la parte práctica de las matemáticas y de la astronomía en los ramos relativos al ejercicio de su profesion, y era, además, muy estudioso. Tanto él como otro capitán de marina que iba á bordo, mostraron mucho interés en poner en ejecucion uno de mis métodos para determinar la longitud geográfica del barco, por medio de la observacion de alturas de la luna. Y aunque este procedimiento no es tan conveniente en el mar como en tierra, á causa de que en el mar no es generalmente posible obtener los datos del problema con toda la precision que se necesita, quise, sin embargo, complacerlos, y lo apliqué con los datos obtenidos con el sextante, ejecutando en seguida delante de ambos capitanes todos los cálculos relativos, á fin de que se formasen una idea completa de la manera de operar.

La amistad con que desde un principio nos favoreció el capitán Rice, nos ha dejado gratísimos recuerdos; y últimamente, ya de vuelta á mi país, he tenido el gusto de recibir tambien los suyos. Ninguno de nosotros olvidará sin duda sus amables invitaciones para que pasásemos á su cámara, en donde con la confianza de un antiguo amigo ponía á nuestra disposicion sus libros y sus instrumentos, nos enseñaba, los retratos de su familia ausente, y nos obsequiaba con sus excelentes tabacos de Manila, con un vaso de *Champagne frappé*, y mas que todo con su amena conversacion.

No solo nosotros, sino todos los demas pasajeros le cobraron tambien un verdadero afecto. La antevíspera de nuestro arribo al Japon se leyó á la hora de la mesa una manifestacion, suscrita por todos, en la que se le daban las gracias por su fino comportamiento. El capitán contestó conmovido, y se sirvió hacer especial mencion de su agrado por tener á bordo á la Comision Mexicana, la que lo honraba, dijo, con haber atravesado el Oceano en

su vapor para llevar al Asia el contingente de la ciencia de América.

La vispera de nuestra llegada á Yokohama, esto es, el 7 de Noviembre segun nuestra cuenta no interrumpida, y el 8 conforme á la alteracion de fechas á que antes hice referencia, tuvo el capitan Rice una nueva ocasion de desplegar toda su actividad y su pericia para dirigir su embarcacion. Desde la noche anterior habia comenzado á arreciar el viento del Norte; el dia amaneció muy nublado, haciendo imposible la práctica de toda observacion para determinar la posicion del buque en el desierto Oceano; y la mar estaba imponente por el efecto combinado del furioso temporal con las corrientes naturales del Pacifico en aquellas regiones.

La lluvia caía á torrentes desde muy temprano, y las enormes olas levantadas por la tormenta barrian el puente inundándolo todo. Las bombas no eran bastantes para sacar el agua que embarcaba el «Vasco,» y el ruido que producía corriendo sobre la cubierta de un extremo á otro, como una impetuosa cascada, impelida por las terribles oscilaciones del barco, venía á aumentar de tal modo el estruendo de la tempestad, que aun hablando á gritos era imposible hacerse oír.

El capitan, sin embargo, dirigía personalmente las maniobras, dando con su silbato las voces de mando. Cubierto de piés á cabeza con su impermeable traje de hule, insensible en la apariencia á la accion del frio, del viento y de la lluvia, cuyas heladas gotas azotaban su cara con indecible furia, se mantuvo todo el dia y casi toda la noche siguiente sobre cubierta, ya de pié, ya recorriendo el vapor de extremo á extremo, y haciendo para ello prodigios de equilibrio. Con el temor, sin duda, de que se repitiese el *tai-fun*, cuyos recuerdos tenia tan presentes, observaba con inquietud las variaciones del viento cuyas violentísimas ráfagas cambiaban á veces bruscamente de

direccion, é incesantemente daba las órdenes para que se ejecutasen las maniobras adecuadas á las circunstancias de cada momento.

Cuando me atrevia yo á abrir por algunos instantes la puerta del salon á fin de sacar la cabeza para ver lo que pasaba en el exterior, ó cuando al través de las vidrieras observaba á aquel hombre de hierro en cuyo saber y experiencia confiaba tan gran número de personas allí reunidas, creía tener delante de mis ojos la imagen viva de la ciencia protegiendo á la humanidad. Esa confianza de la multitud en la inteligencia de una persona, confianza que nos induce á entrar sin vacilacion en una frágil barca para atravesar los mares, aunque no seamos capaces de manejarla por nosotros mismos; á beber sin titubear una sustancia venenosa por el simple hecho de que nos la prescribe nuestro médico, aunque no comprendamos cuál es el efecto que intenta producir; á entregar nuestras propiedades y las de nuestros hijos á la pericia del geómetra que debe fraccionarlas y distribuir las, aunque no tengamos la menor idea del modo con que mide las distancias y determina su contenido; todos esos actos constituyen una fé, pero una fé racional, la fé de la ciencia. Ninguna presion nos obliga á aceptarla, y sin embargo la admitimos espontáneamente, porque tenemos la conciencia de poder adquirir á nuestra vez los mismos conocimientos, y porque si bien de pronto no los comprendemos quizá, sí concebimos que nada tienen de sobrenatural y que por tanto están al alcance de la inteligencia humana.

¿Por qué, pues, esta misma fé no guía todos nuestros pasos? ¿Por qué dejamos de aceptarla precisamente en aquellos casos en que se trata tal vez de hechos ó de fenómenos mucho mas complexos, y para cuya concepcion somos acaso, por lo mismo, mucho menos competentes? En el terreno de la política, por ejemplo,



en la ciencia del gobierno, la mas difícil de todas y la que en consecuencia demanda conocimientos mas variados, mayor suma de saber y de experiencia, allí todos nos creemos iguales; y generalmente sin los datos necesarios para formar una opinion, nos constituimos, sin embargo, en severos jueces de los actos de una administracion. Nuestra irracional apostasía de la fé instintiva en la ciencia, tiene ya forjadas para ese caso sus leyes inflexibles, y conforme á ellas formula su proceso y pronuncia su sentencia. Y ninguno de los que así fallan se atrevería, sin embargo, á encargarse de dirigir un barco sin ser marino, ni á formular una receta sin ser médico, ni á fraccionar un campo sin ser, geómetra, no obstante que estos problemas son comparativamente mucho menos complexos que los que de continuo tiene que resolver el gobernante.

En los siglos futuros conquistará la ciencia sin duda alguna el lugar prominente que en todo y para todo le corresponde. Si hasta hoy el mas absurdo empirismo ha establecido sucesivamente por únicas condiciones para elevarse al rango de legislador, ya la nobleza de nacimiento, ya la gloria militar, ya el monto del capital, ya la elocuencia y otras cualidades mas ó menos heterogéneas, pero que son las que mas impresionan á las masas ignorantes, las sociedades venideras, mas cultas, establecerán el saber por base principal de aquellas elevadas funciones "Hasta en los conflictos de la fuerza bruta," ha dicho Mr. Gambetta al discurrir sobre las causas que determinaron la derrota de su patria en la guerra franco-prusiana, "siempre se decide la victoria en favor de la mas inteligente."

A la caída de la tarde comenzó á declinar el Norte, y aunque la lluvia no cesaba sino por intervalos, la mar principió á reducir sus olas. Hacia las once de la noche esperábamos ver el faro del cabo Kii en las costas orienta-

les de las islas japonesas; de suerte que á pesar del frio, del viento y de la lluvia salimos algunos pasajeros á esperar la aparicion de la luz. El vapor navegaba con cautela por temor de la proximidad de la tierra, y porque la niebla no permitiria acaso percibir el faro sino ya á muy corta distancia de la costa. Como á la media noche lo vimos por fin entre las brumas del horizonte, y fué saludado con un ¡hurrah! general. Estábamos en el Asia.

Poco tiempo despues el mar casi tranquilo al abrigo de las costas en el canal de Uraga, nos proporcionó un sueño reparador; y antes de amanecer echaba el «Vasco» sus anclas en la bahía de Yokohama á cosa de 250 metros de los muelles de la ciudad.

